

¿Posverdad?¹

Editorial de *Social Studies of Science* (2017)

¿Hemos entrado en una era de posverdad? Dimos vuelta en una esquina con la elección de los EEUU, con su flujo constante de *fake news*, sus fácilmente refutadas pero ampliamente circulantes teorías conspirativas, y mentiras lisas y llanas puestas al frente y al centro?

Algunos acusan a la política de los EEUU, como la mayoría de las demás políticas electoralistas, de haber sido una arena de posverdad por mucho tiempo. Sin embargo, por las reglas del juego en las contiendas democráticas, los políticos solo doblan la verdad. Cuando son sorprendidos mintiendo sin más – por ejemplo en un intento por escapar a la responsabilidad por sus actos – ellos proporcionan justificaciones complejas y casi disculpas. La vocera de la campaña de Trump abandonó ese juego, funcionando más en las formas bombásticas que Trump había utilizado exitosamente en los *realities* de TV, no necesariamente un género reconocido por su preocupación por el realismo. En un artículo en *The Atlantic*, Salena Zito (2016) escribe que quienes apoyan a Trump lo estaban “tomando en serio, no literalmente” (mientras que la prensa lo estaba tomando literalmente, no seriamente). Recientemente, la frustrada vocera de Trump, Kellyanne Conway, dijo a una entrevistadora: “Por que todo tiene que ser tomado tal como suena? ... Ustedes siempre quieren guiarse por lo que sale de su boca antes que ver lo que está en su corazón” (v.g. Blake, 2017).

Steve Fuller (2016) alienta a CTS a reclamar la era de posverdad como suya, como una consecuencia de la universalización de la simetría. Creo que esto – al menos si una era de posverdad es una en la cual la mentira [*bullshit*] está altamente valorada – pierde de vista una tensión central y productiva dentro de CTS. Abrazar la democratización epistémica no significa un desvalorización [*cheapening*] al por mayor del conocimiento tecnocientífico en ese proceso. Los testimonios detallados de CTS sobre la construcción del conocimiento muestran que requiere infraestructura, esfuerzos, ingenio y estructura de validación. Nuestros argumentos de que “podría ser de otra manera” (v.g., Woolgar y Lezaun, 2013) muy raramente son “podría fácilmente ser de otra manera”; en su lugar, apuntan a otras infraestructuras, esfuerzos, ingenio y estructuras de validación posibles. Eso no se parece en nada a la posverdad. Una cuenta de Twitter por sí misma no hace aquello a lo que hemos estado llamando conocimiento. La democratización epistémica tiene que involucrar economías políticas del conocimiento más equitativas – y así la crítica no se “queda sin aire” [*run out of steam*] (Latour, 2004). Si la era de posverdad comienza haciendo estallar las estructura de conocimiento actuales, entonces no es muy probable que se trate de democratización, y de hecho es más posible que lleve al autoritarismo.

Aún así CTS sugiere que la emergencia de una era de posverdad puede ser más posible que lo que imaginarían la mayoría de las personas. El *hecho* tal como lo conocemos es frecuentemente un hecho *moderno*, emergiendo de una configuración particular de

¹ Traducción realizada con fines exclusivamente pedagógicos. Artículo publicado originalmente en inglés: *Social Studies of Science*(2017) Editorial: Post-truth?, Vol. 47(1) 3–6. DOI: 10.1177/0306312717692076

prácticas, discursos, políticas e instituciones epistémicas (entendidas y analizadas de manera variada por, v.g., Dear, 1985; Poovey, 1998; Shapin, 1994). Tan sólidas como esas configuraciones puedan parecer ahora, no es descabellado imaginarlas interrumpidas. La atención enorme a las “*fake news*”, con mucho esfuerzo para distinguir lo real y lo falso, muestra que a muchas personas le preocupa que estemos ingresando en una era de posverdad.

Twitter puede formar parte de la disolución del hecho moderno. Aún si no lo hace, nosotros en CTS deberíamos ser parte del análisis de cómo esta y otras plataformas de redes sociales pueden ser fácilmente utilizadas como herramientas para formas horribles de la política. La comentarista de *The Guardian*, Lindy West, anunciando abandonar Twitter, escribe que “puede que resulte simplemente imposible hacer esta plataforma utilizable para cualquiera excepto para los *trolls*, robots y dictadores” (West, 2017). Disparadores [*prompting*] bien organizados alientan a los camisas negras [*brownshirts*] digitales a apilar abuso (incluyendo abuso offline, tras hacer “*doxxing*”) hacia oponentes de los supremacistas blancos y demás grupos, y a los políticos que se alían con ellos. Dado que la compañía Twitter no ha hecho ningún esfuerzo significativo para desincentivar el abuso, la plataforma se ha estabilizado como un sitio para acciones que serían ilegales en muchas partes.

Ya sea en las cámaras de eco [*echo chambers*] de redes sociales u [otras redes] más antiguas, podríamos estar igualmente preocupados con el poder (de la era de la verdad) para dirigir atención tanto como lo estamos haciendo con las *fake news*. Ambas juegan con aproximaciones instrumentales y conductistas a la política (y otras arenas), tratando a los votantes como personas a ser manipuladas más que como personas a ser convencidas. Nosotros en CTS sabemos que la competencia epistémica consiste en gran medida en elegir cuál verdad puede ser considerada saliente e importante y en cuáles afirmaciones pueden ser consideradas verdaderas y falsas, y estas elecciones tienen consecuencias importantes (v.g. Sismondo, 2015).

Por sí mismo, votar es una acción desarticulada. Pero es relativamente fácil escuchar las voces más fuertes detrás de las votaciones recientes, como la preocupación con la inmigración en el voto por el Brexit del Reino Unido: la posibilidad de grandes masas de refugiados políticos y económicos en el futuro, y los flujos actuales de profesionales, trabajadores y estudiantes que lentamente están integrando culturalmente grandes áreas urbanas en el Reino Unido y Europa continental. La coalición que Donald Trump reunió incluía de la misma manera a personas generalmente temerosas acerca de la inmigración legal e ilegal, votantes preocupados con el libre comercio y la erosión de los buenos empleos, personas disgustadas con todas las partes del establishment políticos y sus conexiones con las grandes finanzas, un amplio rango de supremacistas blancos y misóginos expresos y – por supuesto – aquellos profundamente preocupados con los correos electrónicos de Hillary Clinton. La coalición fue infundida por intensos sentimientos de bronca dirigidos dispersamente a blancos inconsistentes; la bronca era algo con lo cual los votantes estaban tomando a Trump seriamente.

Una parte del voto de los EEUU fue un voto en voz alta contra la experticia. Clinton se volvió, entre otras cosas, como un símbolo de la tecnocracia, y esto se articuló como

una lucha por “conectar” con los votantes. Las visiones y debates dentro CTS acerca de la naturaleza de la experticia parecen extrañamente irrelevantes en este contexto. Las diferencias entre testimonios sobre la experticia en términos realistas (Collins y Evans, 2002), como partes constituidas institucionalmente de regímenes más amplios (Jasanoff, 2004) o como redes discretas (Eyal, 2013), mientras que puede ser severo para los lectores de esta revista, son sutiles dado el rechazo más amplio de la experticia por votantes y el rechazo más selectivo de la experticia que continúa en algunos cargos ya anunciados. Pareciera ser que el optimismo sobre la coexistencia de la democracia y la experticia en general está siendo visto como “sectario” (Turner, 2001). Si es así, podríamos querer ver este fenómeno en términos de posverdad.

El Administrador entrante de la EPA, Scott Pruitt, rechaza públicamente el consenso experto sobre el cambio climático (si bien el Secretario de Estado entrante, Rex Tillerson, un CEO de ExxonMobil, ha expresado apoyo público a la acción contra el cambio climático). Oficialmente, la posición de Pruitt es que aún no hay suficiente evidencia para determinar que la actividad humana está causando el cambio climático, lo cual sugiere una posición de “prueba muy alta” [*“high-proof”*] sobre el consenso y la experticia (Edwards, 1999). En esto, su posición es consistente con el proyecto agnotológico (Proctor, 2008) de la industria de combustibles fósiles para crear ignorancia, donde cualquier desacuerdo es amplificado para tratar de crear una imagen de disenso completo (oreskes y Conway, 2010). Como Procurador General de Oklahoma, se encontró que Pruitt había enviado cartas a la EPA que habían sido escritas por abogados de Devon Energy, así disfrazando levemente los intereses que se encontraban detrás de esas cartas; este un acercamiento común de la industria que va desde el tabaco (Proctor, 2011) a combustibles fósiles (Oreskes y Conway, 2010) y farmacéuticos (Sismondo, 2015).

Bajo seria consideración (al momento de escribir esto) para Supervisor [*Commissioner*] de la FDA se encuentra Jim O’Neill. O’Neill ha argumentado que la FDA debería aprobar drogas solamente sobre basamentos de seguridad, no de eficacia. Dejemos de lado las preguntas respecto de si esto es posible, si uno puede juzgar la seguridad de sustancias tóxicas sin alguna referencia a su eficacia. Si dicha política fuese implementada, representaría un simple rechazo de gran parte de la experticia corporizada en la FDA y sus procedimientos. Médicos y pacientes individualmente estarían en una posición de necesitar reemplazar aquella experticia.

Podemos ver algunas respuestas rápidas dentro de la comunidad STS. Por ejemplo, en la Universidad de Toronto, Michelle Murphy y sus colegas han armado un proyecto para archivar datos y documentos gubernamentales vulnerables a dejar de estar disponibles (ver <https://envirodatagov.org/event-toolkit/>). El proyecto comenzó con días de hackaton, identificando, descargando y archivando datos. La experiencia Canadiense de los organizadores es relevante, porque bajo el Primer Ministro conservador Stephen Haper (2006-2015), el Gobierno Canadiense se involucró en esfuerzos agnotológicos concertados, especialmente alrededor del cambio climático, incluyendo la clausura de datos de gobierno y la censura de científicos del gobierno para hablar públicamente. Estas acciones encendieron la creación de proyectos tales

como el Grupos de Trabajo de Política de la Evidencia (ver <https://politicsofevidence.wordpress.com/>).

Otro grupo de académicos de CTS, liderados por Jacob Moses y Gili Vidan en la Universidad d Harvard, están organizando actualmente un blog titulado “First 100 Days: Narratives of Normalization and Disruption”. El blog se describe como un “esfuerzo de escritura en respuesta a la reciente elección presidencial de los EEUU y las tendencias electorales relacionadas alrededor del mundo”. Busca “atender a los asuntos de la experticia y la democracia” (ver <https://first100days.stsprogram.org>, incluyendo el llamado al envío de propuestas para publicaciones). Dicho lugar sin duda reportará sobre otros involucramientos CTS con la posibilidad de una era de posverdad.